



CAPITULO IX

Portugal bajo la casa de Braganza hasta la muerte de José I (1640 á 1717).—España hasta Carlos III.—El Piamonte y la Cerdeña.—La república de Venecia.—El reino de Nápoles y Sicilia.—La Santa Sede.—Francia antes de la revolucion.

El reino de Portugal, incorporado á la España en tiempo de Felipe II, decayó rápidamente del esplendor á que le habia elevado el gobierno de Manuel el Grande. Casi arruinado su comercio por la pérdida del Brasil, y abrumado por gravosas contribuciones, llevaba ya sesenta años bajo la dominacion española, cuando estalló una conspiracion de la nobleza (1640), que puso en el trono á Juan IV, de la casa de Braganza, descendiente de Manuel el Grande por su abuela Catalina. Reconocido en todas las colonias portuguesas, se captó el afecto del pueblo por la clemencia que empleó con los que pretendieron restablecer la dominacion española. A consecuencia de una insurreccion que estalló en el Brasil contra los holandeses, volvió á poder de Portugal, si bien tuvo éste que cederles la isla de Ceilan. Juan celebró tratados con Francia é Inglaterra, y sostuvo felizmente la guerra contra los españoles.

Sucedióle su hijo Alfonso VI (1556-1667), que durante su minoría estuvo bajo la tutela de su madre. Príncipe corrompido y cruel, fué odiado por sus súbditos; y á no ser por los auxilios que le prestó la Francia, no hubiera podido resistir la guerra que le declaró la España, y que despues de doce años de duracion

terminó con la paz de los Pirineos (1668), que aseguró la independencian de Portugal. Una conspiracion le obligó á abdicar en su hermano Pedro II (1667-1706). Este príncipe, activo y prudente, se dedicó á reorganizar la administracion y á mantener la neutralidad del Portugal en medio de las graves complicaciones provocadas por la ambicion de Luis XIV. Pedro II entró en la grande alianza contra la Francia, y celebró con Inglaterra el famoso tratado de Methuen (1703), que arruinó el comercio y la industria y mató la agricultura de Portugal.

Juan V (1706-1750) fué el digno sucesor de su padre. Activo y animado de un profundo sentimiento de justicia, se rodeó de hombres probos y entendidos, á los que confió los cargos más importantes del Estado. Empleó las grandes riquezas en oro y diamantes que venian del Brasil para reanimar el comercio y la industria; favoreció las letras y las bellas artes; dotó á Lisboa de bellos y útiles edificios, y por su piedad y celo por la religion mereció del papa Benedicto XIV el dictado de *Rey fidelísimo*. Procuró mantener la neutralidad en medio de las grandes complicaciones europeas, y murió querido y llorado de sus súbditos, dejando el trono á su hijo José I (1750-1777). Dotado este príncipe de un carácter débil é indolente, y

aficionado á los placeres, abandonó el gobierno á sus ministros, entre los que sobresalió Sebastian de Carvalho, marqués de Pombal. Este hombre impío, violento y vengativo, persiguió con un odio implacable á la antigua nobleza portuguesa y á la Compañía de Jesús. Un terrible temblor de tierra destruyó completamente á Lisboa (1775). Un atentado contra la vida del rey dió ocasion y pretexto á Pombal para condenar á los más horribles tormentos y á la muerte á muchos individuos de las principales familias de la nobleza, y decretar la expulsion de los jesuitas, á quienes acusaba de complicidad con los conspiradores, confiscando los bienes de unos y otros, que sirvieron para proporcionar placeres al rey y enriquecerse el ministro. Bajo el pretexto de reformar los antiguos abusos, trastornó toda la organizacion interior de Portugal y no dejó más que ruinas. La muerte de José I, que fué seguida de la dimision de Pombal, abrió las puertas de las prisiones á más de 10.000 víctimas de la venganza de este hombre sanguinario.

La guerra de los Treinta años, en la que España habia tomado una parte activa, la revolucion portuguesa y la guerra que la siguió, así como la lucha que tuvo que sostener contra la Francia, á consecuencia de las pretensiones de Mazarino sobre una parte de la Bélgica, habian abatido este Estado. La paz de los Pirineos habia puesto fin á la guerra con Francia, y decidido del porvenir de España, al estipular el matrimonio de Luis XIV con María Teresa, hija de Carlos IV. Carlos II, hijo de éste, le sucedió bajo la tutela de su madre María Ana de Austria. Las tentativas hechas por Luis XIV para conquistar las ricas provincias belgas y el Franco-Condado y las intrigas de don Juan de Austria, hermano natural de Carlos II, ocupan los diez años que duró la regencia de la reina madre. Proclamamado mayor de edad á los catorce años, Carlos II se encargó por sí mismo del gobierno; pero tan débil de carácter como de cuerpo, abandonó al punto el gobierno á D. Juan de Austria, y despues de la muerte de éste á su madre. Ésta sostuvo tres guerras desgraciadas contra Luis XIV, y la España tuvo que ceder

á Francia importantes territorios en Bélgica, en virtud de los tratados de paz de Aix-la-Chapelle y de Nimega. Las victorias que Luis XIV obtuvo durante la última guerra, amenazaron seriamente la existencia de la monarquía; pero despues de la paz de Ryswick, renunció este monarca á todas sus conquistas, con el fin de colocar un príncipe de su familia en el trono de España, despues de la muerte de Carlos II, que no tenia sucesion.

La guerra de sucesion habia colocado en el trono de España á Felipe V, nieto de Luis XIV: pero la prolongacion de esta guerra habia aumentado las dificultades financieras del reino, y el nuevo soberano no tenia la suficiente energía para levantarla del estado de prostracion en que yacia. Felipe V se dejó gobernar en un principio por la princesa de los Ursinos.

Muerta la reina casó con Isabel Farnesio, la cual hizo desterrar á la princesa é influyó para que se nombrara primer ministro al cardenal Alberoni, que procuró volver á adquirir las antiguas posesiones de Italia, emprendiendo la conquista de Cerdeña y Sicilia; pero la conclusion de la cuádruple alianza y la caída de Alberoni trajeron la paz de la Haya, por la cual renunció España á sus conquistas. Sin embargo, la guerra que estalló más tarde entre la Francia y el emperador Carlos VI, dió ocasion á Felipe V, aliado de la primera, para emprender la conquista de Sicilia y del reino de Nápoles, cuya corona dió á su segundo hijo Carlos. En la paz de Aix-la-Chapelle, que terminó la guerra de sucesion de Austria, María Teresa cedió á los Borbones el ducado de Parma y de Plasencia. Estas conquistas levantaron el poder exterior de España. Fernando VI, hijo sucesor de Felipe V, se ocupó en levantar la prosperidad interior de su reino con la ayuda de Carvajal y del marqués de la Ensenada. La agricultura y el comercio tomaron un gran incremento, merced á la construccion de carreteras y canales, y con las acertadas medidas financieras que tomó, mejoró considerablemente la situacion del Erario. Fundó la Academia de San Fernando, el Jardin Botánico y otra multitud de obras de reconocida utilidad, y prote-



gió á la marina que llegó en esta época al más alto grado de esplendor.

Sucedíole en el trono su hermano Carlos III, príncipe de un carácter altivo y afecto á las ideas que tendian entónces á trasformar las instituciones existentes. El napolitano Esquilache, á quien trajo de Nápoles como primer ministro, se hizo odioso por sus medidas arbitrarias y violentas. Sustituyóle el conde de Aranda, amigo de Choiseul y enteramente afecto á la Francia. Carlos III concluyó con la córte de Francia el célebre pacto de familia. Á instigacion de Choiseul, Aranda, que al gusto de las innovaciones unia un carácter altivo y arbitrario, expulsó á los jesuitas de España y de sus colonias de América, ocasionando esta medida, tan injusta como violenta, funestas consecuencias para el estado religioso é intelectual de España. La parte activa que tomó Carlos III en la guerra de la independencia de las colonias inglesas de América, arruinó el Erario, Gibraltar fué defendida por Elliot durante tres años y medio, quedando en poder de los ingleses, y Aranda, caido en desgracia, fué reemplazado por Floridablanca y Campomanes. Estos dos hombres de Estado, siguiendo las huellas de su antecesor, trastornaron por completo las antiguas instituciones de España, é introdujeron reformas que lastimaron todos los intereses de la nacion. La España cayó en un estado de postracion, de la que no salió sino cuando tuvo que defender su nacionalidad contra el emperador Napoleon I.

Los emperadores de Alemania, á partir de Rodolfo de Habsburgo, habian perdido toda su autoridad en Italia. La division de los partidos habia sumido á este país en una profunda anarquía, de la que se aprovecharon los reyes de Francia para apoderarse de territorios importantes, y fué preciso todo el poder de Carlos V para impedirles que se fijáran definitivamente en la Lombardia. En el siglo XVI sufrió la Italia una trasformacion completa, y los pequeños Estados que se habian formado á consecuencia de la lucha de los güelfos y gibelinos, fueron absorbidos poco á poco por los Estados más dilatados, entre los que merecen notarse el reino de Cerdeña, el ducado de Milan, la

república de Venecia y el gran ducado de Toscana.

En una época bastante remota los duques de Saboya habian adquirido una gran influencia en el Norte de Italia, merced á la situacion topográfica de su país, aprovechándose para ensanchar su territorio de las guerras de güelfos y gibelinos en la Lombardia, y arrebatando una buena parte del Piamonte á la república de Génova. Las guerras entre los reyes de Francia y los emperadores de Alemania, de las que Italia fué teatro, les dieron ocasion de aumentar sus Estados. Víctor Amadeo II (1675-1730), entró en la gran coalicion de las potencias europeas contra Luis XIV, y obtuvo por la paz de Utrecht, con el título de rey, la Sicilia y una parte del Milanesado. Algun tiempo despues cambió la Sicilia por la Cerdeña, fundando de esta manera el reino de Cerdeña, que dejó á su muerte á su hijo Manuel III. Este príncipe reinó cuarenta y tres años, consolidó su monarquía por una buena administracion civil y financiera, y tomó una parte muy activa en la guerra de sucesion de Austria. La invasion de los ejércitos republicanos de Francia obligaron á Víctor Amadeo III, su sucesor, á huir, y el Piamonte y la Saboya fueron incorporados á la república francesa.

La formacion del ducado de Milan se remonta á fines del siglo XIV, pasando de la familia de los Visconti, á quienes fué dado á título de feudo del Imperio, á la de los Sforzia. Carlos V se le arrebató á Francisco I, que se habia apoderado de él, y dió su investidura á su hijo Felipe II (1540), desde cuya época formó parte de la monarquía española hasta la muerte de Carlos II (1700). El emperador Carlos VI obtuvo por la paz de Utrecht este ducado, al que agregó importantes territorios y principalmente el ducado de Mantua, que durante cuatro siglos habia pertenecido á la casa de Gonzaga. Al lado de la Lombardia austriaca subsistieron algunos Estados de segundo orden, gobernados por príncipes independientes. Tales eran el ducado de Módena, que fué gobernado por la familia de Este desde fines del siglo XIII; el ducado de Parma y el de Plasencia bajo el gobierno de Octavio Farnesio, que pasó



á D. Carlos, hijo de Isabel de Parma y de Felipe V y fué gobernado por los Borbones hasta la revolucion francesa. La república de Florencia habia llegado á un alto grado de prosperidad bajo el gobierno de los Médicis; Carlos V se apoderó de ella y nombró duque hereditario de Florencia á su yerno Alejandro de Médicis (1531); Cosme I (1537-1574) adquirió la ciudad de Sienna y la isla de Elba, dejó á su hijo Francisco María un Estado poderoso bajo la denominacion de gran ducado de Toscana. El reinado de los Médicis, hasta principios del siglo XVIII en que, extinguida la línea masculina, pasó á Francisco Estéban, duque de Lorena (1737), el cual por su casamiento con María Teresa fué nombrado emperador. Su hijo Leopoldo le sucedió (1765-1791), bajo cuyo gobierno se elevó la Toscana al más alto grado de prosperidad. Durante el reinado de su segundo hijo José, los ejércitos republicanos de la Francia, penetrando en Italia, pusieron fin á la independencia de la Toscana.

A fines del siglo XV la república de Venecia habia llegado al apogeo de su grandeza y era contada entre las grandes potencias europeas. Tomó una parte muy activa en las guerras que tuvieron lugar en Italia entre los reyes de Francia, los emperadores de Alemania y los Soberanos Pontífices. Con la paz de Crepy entre Francisco I y Carlos V, comenzó su decadencia, á la que contribuyeron entre otras muchas causas el descubrimiento de la América, el nuevo camino para las Indias Orientales, descubierto por los portugueses, y las guerras prolongadas que tuvo que sostener contra los turcos, que agotaron sus recursos y en los que perdió las islas de Chipre y de Candía y la mayor parte de sus posesiones en Grecia. A principios del siglo XVII Venecia se hallaba reducida al rango de una potencia de segundo orden, y bajo una aparente neutralidad ocultaba su extremada debilidad. En el interior una aristocracia omnipotente hacia pesar su yugo férreo sobre el pueblo, y atacaba descaradamente los derechos de la Iglesia. La expulsion de los jesuitas, la supresion de gran número de conventos, la confiscacion de sus bienes y otras medidas análogas, fueron sus últimas señales

de vida, y á pesar de las bajezas, por medio de las cuales quiso ganar á Bonaparte, cayó la república, dividiéndose su territorio el Austria, la Francia y la república cisalpina por el tratado de Campo Formio (1797).

Este reino disfrutó una tranquilidad interior durante el reinado de Felipe II y sus sucesores, que le gobernaron por medio de vireyes. La elevacion de los impuestos y la exportacion de los granos á España, ocasionaron algunas sublevaciones, siendo la principal la que estableció en Nápoles (1647), á cuyo frente se puso Masaniello. Una flota española bombardeó la ciudad y restableció la tranquilidad. Sin embargo, estos motines populares no cambiaron en nada la situacion interior hasta la muerte de Carlos II. Despues de la guerra de sucesion de España, este reino pasó á formar parte de los Estados del emperador Carlos VI. Pero esta union duró poco tiempo. La córte de España, que por consejo de su primer ministro Alberoni habia intentado conquistar la Sicilia, llegó á recobrar el reino de Nápoles y Sicilia durante la guerra entre Francia y el Austria, por la cesion que hizo Carlos VI á favor del príncipe don Carlos, que vino á ser el fundador de una nueva dinastía española (1735-1759). Llamado á suceder en España á su hermano Fernando VI, dejó el trono de Nápoles y Sicilia á su tercer hijo Fernando IV, á la edad de nueve años (1759), que le ocupó hasta la invasion francesa (1806), en que Napoleon se le dió á su hermano José, que fué reemplazado poco tiempo despues por Murat.

El concilio de Trento, por la sabiduría y prudencia de sus decisiones, tuvo las más felices consecuencias para el bien de la Iglesia. Sus cánones disciplinares hallaron, sin embargo, una fuerte resistencia en varios países católicos, principalmente en Francia, en la que por desgracia el clero, y sobre todo los obispos, favorecieron las usurpaciones del Estado. El tratado de Westfalia, contra cuyas estipulaciones protestó Inocencio X, contribuyó tambien á debilitar la autoridad de los soberanos pontífices. La política de los príncipes por un lado y las tendencias antiromanas de una parte del episcopado por otro, favorecieron las doctri-



nas separatistas que agitaron á la Iglesia en los siglos XVII y XVIII. Pero una série de pontífices, distinguidos por sus virtudes, por su ciencia y por su actividad, gobernó entónces la Iglesia, que, defendida valerosamente por los órdenes religiosos, resistió como siempre los ataques que se la dirigieron, y se preparó á sufrir las persecuciones de la revolucion francesa, para salir más gloriosa que nunca de este bautismo de sangre.

Pío IV (1559-1565), bajo cuyo pontificado se terminaron los importantes trabajos del concilio de Trento, tuvo por sucesor a Pío V (1566-1572). Este tomó una parte muy activa en la guerra contra los turcos, que terminó con la gloriosa batalla de Lepanto (1571), y trabajó con un celo infatigable para llevar á cabo las decisiones disciplinares del concilio. Gregorio XIII (1572-1583), uno de los más célebres jurisconsultos de su tiempo, fundó en Roma seis colegios para los estudios teológicos, y prestó un gran servicio con la reforma del calendario (1582), fijando definitivamente la cronología moderna. Sixto V, su sucesor (1585-1590), que de simple pastor de puerco había llegado á papa, reformó la administracion de los Estados romanos, dotó á Roma de una multitud de monumentos útiles, organizó las congregaciones de cardenales, fundó la gran Biblioteca del Vaticano y construyó un acueducto. En el pontificado de Clemente VIII empieza para la Santa Sede una época de pruebas y desgracias. Paulo V (1605-1621) tuvo que sostener una larga lucha contra la república de Venecia, que atacaba los derechos de la Iglesia, excitada por el fraile Pablo Sarpi. Bajo Urbano VIII (1623-1644) comienza la gran lucha del *jansenismo*, despues de la condenacion de los errores de Jansenio. Inocencio X (1644-1655) renueva la condenacion y trabaja con feliz éxito por la terminacion de la guerra de los Treinta años, que tuvo lugar con la paz de Westfalia (1648), contra cuyas estipulaciones protestó por medio de su nuncio Chigi.

El tratado de Westfalia ejerció una influencia fatal en la política de la mayor parte de los gobiernos católicos para con la Santa Sede. Las primeras disputas que surgieron fueron entre

ésta y la córte de Francia. Luis XIV, que había ya tratado con poco respeto al papa Alejandro VII (1655-1667), se arrogó el derecho de disponer de los espolios de todos los obispados vacantes en Francia, y otras regalías más exageradas. El papa Inocencio XI (1676-1689), á petición de muchos obispos, tomó la defensa de los derechos de la Iglesia. Entónces el rey convocó en París un sínodo de prelados enteramente afectos á él, el cual publicó una declaracion que contenía los *cuatro famosos artículos*, en que se consignaban las principales de las pretendidas libertades de la *iglesia galicana*. Inocencio XI las condenó, y la lucha continuó hasta el pontificado de Inocencio XII (1691-1700), en que terminó por la revocacion del edicto real que contenía los cuatro artículos. El derecho de asilo de que gozaban los palacios de los embajadores extranjeros en Roma, hizo surgir otra diferencia entre el rey de Francia y la Santa Sede; pues que habiéndole quitado Inocencio XI, á causa de la multitud de abusos á que había dado lugar, pretendió Luis XIV sostenerle con las armas, ocupó la ciudad de Aviñon y el condado venesino, y apeló del papa á un concilio general. Pero en tiempo de Inocencio XII se llegó á restablecer la buena inteligencia.

Durante el pontificado de Clemente XI (1700 á 1721), estalló la guerra de sucesion de España, en la cual se vió envuelta la Santa Sede, á causa de las pretensiones de Felipe de Anjou y Carlos de Austria á la investidura del reino de Nápoles. El emperador José I obligó á Clemente XI á reconocer á su hermano como rey de España: irritado Felipe de Anjou, y habiendo ocupado el trono disputado, hizo salir al nuncio de Madrid. La paz de Utrecht puso fin á estas diferencias. Inocencio XIII (1721-1724) dió la investidura del reino de Nápoles á Carlos VI, y envió socorros á los venecianos y á la órden de Malta que sostenían una guerra contra los turcos. Benedicto XIII (1724-1730) extendió á toda la Iglesia el oficio de San Gregorio VII, á pesar de la oposicion que halló en las Córtes de Austria y Francia, y vió rotas las relaciones entre la Santa Sede y la córte de Lisboa, por no haber querido acceder á la preten-



V. BARNETO.

Estab. tip. de J. A. Muñoz.

CATEDRAL DE TOLEDO

sion del rey de Portugal, que solicitaba el cardenalato para el nuncio Bichi. Clemente XII, que confirmó la regla de la congregación del Santísimo Redentor, fundada por San Alfonso Ligorio, y su sucesor Benedicto XIV (1740-1758), tuvieron que sufrir las exigencias de los reyes de España y de Cerdeña y de la república de Venecia. Este último concluyó muchos concordatos y escribió muchas obras de teología y derecho canónico; pero á pesar de sus esfuerzos no pudo conjurar la tormenta que de todas partes amenazaba á la Iglesia, y que estalló bajo el pontificado de su sucesor Clemente XIII (1758-1769). La Compañía de Jesús fué la primera víctima, pues se vió violentamente perseguida en Portugal, España, Francia y en el reino de Nápoles, sin que las enérgicas protestas del papa pudieran atenuar el mal. Finalmente, Clemente XIV, con el objeto de prevenir una defección religiosa, creyó necesaria la supresión de los jesuitas; más desgraciadamente no llenó esta medida el objeto que se habia propuesto. Pío VI (1775-1799), tuvo que sufrir las persecuciones del emperador José II y las violencias de Tanucci, ministro de Nápoles, á la vez que debió oponerse á las invasiones del gran duque de Toscana Leopoldo, y á las medidas arbitrarias de la república de Venecia. Pero estaban reservadas mayores desgracias á la Iglesia con la revolucion francesa que estalló poco despues.

A la vez que los gobiernos católicos inferian graves atentados á la Iglesia, surgian en el seno del mismo clero doctrinas y opiniones que favorecian las usurpaciones de los príncipes y turbaban la paz religiosa.

La primera de estas doctrinas tuvo por autor á Cornelio Jansenio, profesor de Lovaina y más tarde obispo de Ipres, que en su obra titulada *Augustinus* enseñaba opiniones erróneas sobre la gracia. Esta doctrina que se extendió por la Francia y tuvo muchos partidarios, fué condenada por Inocencio X, así como tambien lo fué por Alejandro VII la opinion de Nicole Arnauld y Pascal de que las cinco célebres proposiciones condenadas no se hallaban en el *Augustinus* de Jansenio. Los jansenistas, y sobre todo los religiosos de Port-Royal, en lugar de

someterse se encerraron en un respetuoso silencio, que no siempre guardaron. Despues de la muerte de Arnauld, se hizo jefe de los jansenistas Quesnel, cuya obra titulada *Reflexiones morales*, fué tambien condenada por Clemente XI. Distinguíase esta secta en su principio por una moral severa, que no tardó en caer en los más graves excesos. Combatida enérgicamente por los jesuitas, pero sostenida por el Parlamento de Paris, no se extinguió enteramente en Francia, á pesar de una nueva condenacion por Benedicto XIV. En Holanda, adonde se retiró Quesnel, dió lugar el jansenismo al cisma de Utrecht. Favorecidos por el gobierno holandés y ayudados por el obispo francés Varlet, los jansenistas se dieron tres obispos y se apropiaron en gran parte los bienes eclesiásticos católicos, no hallándose aún extinguido dicho cisma.

Mientras que el jansenismo atacaba la autoridad de la Santa Sede en materia de fe, surgia en Francia otra lucha contra los derechos que venian ejerciendo los romanos pontífices sobre el clero en todos los países católicos. Las contestaciones acerca del derecho de régalia que mediaron entre Luis XIV y la Santa Sede, dieron ocasión á la célebre declaracion de los *cuatro artículos*, á la que se adhirió el clero de Francia reunido en sínodo en Paris. Semejante declaracion negaba á los soberanos pontífices el derecho que habian ejercido en la Edad Media sobre los soberanos católicos, sostenia que la autoridad de los papas estaba sometida á la de un concilio general, y que sus acuerdos no obligaban al clero de Francia mientras éste no les hubiera dado su consentimiento. A estos artículos, que fueron redactados por Bossuet, se les llamó *libertades de la iglesia galicana*. Varios papas protestaron enérgicamente contra ellos, hasta que al fin Inocencio XII obtuvo de Luis XIV la revocacion del edicto real que los habia sancionado. El galicanismo, sin embargo, fué sostenido por los Parlamentos de Paris despues de la muerte de Luis XIV.

La misma tendencia de oposicion contra la Santa Sede que habia provocado en Francia la declaracion de los cuatro artículos, se manifestó tambien en Alemania con ocasion de una